

REINER (Hans): *Die Entstehung und ursprüngliche Bedeutung des Namens Metaphysik*, en «Zeitschrift für philosophische Forschung», Band VIII (2), Meisenheim am Glan, 1954 (páginas 210-237).

El nombre «metafísica» se corresponde, como nadie ignora, al de *prote philosophia* y también con el de *teología* y, en ocasiones, simplemente con el de *sabiduría*. Todas estas acepciones se refieren a la filosofía aristotélica en función de lo cual la palabra apareció. Se suele de ordinario citar un trozo de Kant, de sus *Vorlesungen*, en el que cuenta recogiendo una vieja tradición como el editor Andrónico de Rodas al dar a la publicidad las obras de Aristóteles, después de las muchas aventuras que corrió la biblioteca del filósofo, no sabiendo dónde poner los libros que no trataban de la física, los puso después de ésta, por cuya razón los tituló *Tà metà tà phisikà*, es decir, los que están después de la física. Kant mismo se congratulaba de que el contenido coincidiese tan bien con la expresión, lo que justificaba el éxito que ésta había alcanzado. Apenas sin excepción se admitió esto por todos los historiadores de la filosofía, quienes han reiterado las afirmaciones de Kant. Pero resulta que hay textos convincentes y sumamente remotos en los que esta expresión u otras equivalentes aparecen empleadas por los discípulos de Aristóteles, así el propio Teofastro, quien siguió en la dirección del Liceo al fundador, se refiere a ciertas partes de la metafísica diciendo que son las que están después de la teoría primera. Y cualquier lector de Aristóteles sabe que expresiones semejantes eran empleadas por el maestro. Pero aún de modo más concreto tenemos un texto, sin duda capital, que es el de Alejandro de Afrodisia, quien dice ἦν καὶ Μετὰ τὰ φυσικὰ ἐπιγράφει τῷ τῆ τάξει μετ' ἐκείνην εἰσαπρόσ- ἡμᾶς.

El problema en esta frase está en averiguar con exactitud qué quiere decir ese *ἠὲρὸς ἡμᾶς*. No hay duda que esta expresión significa aquí algo positivo y que se refiere a un determinado orden y sentido que ya existía y que no puede ser otro que el implícito en la filosofía primera. Sin insistir más, es patente que lejos de lo que se ha creído, esta expresión de *Metafísica* no

fué pura casualidad y aventura editorial, sino que responde a una intención filosóficamente definida. Y esto cambia en parte la significación de la expresión de «metafísica». *Metafísica* no es simplemente aquello que está después de la física, sino que de acuerdo con la propia intención aristotélica, la *metafísica* está después por exigencia de lo que está antes y así se constituye un orden que es al mismo tiempo lógico y ontológico.—E. T. G.

Lorz, S. J. (Von Johannes Bapt.): *Hörer des Logos. Der Mensch bei Heraklit von Ephesus*, en «Scholastik», XXVIII (IV), Freiburg, 1953 (páginas 543-570).

El libro de K. Rahner *Hörer des Wortes* caracteriza a Heráclito como un alma religiosa que permanece en la «audición». En realidad, partiendo de las propias palabras de Heráclito se le ha caracterizado así repetidas veces. Rilke emplea también la expresión de auditor, de *oyente*, cuando se refiere a la actitud de quien escucha la palabra de Dios. Ahora bien, Heráclito llama auditor del Logos al hombre. El ser humano es la única realidad que puede pensar y su pensamiento se constituye por la audición de la voz fundamental, el Logos, que los cristianos tradujeron por verbo. El Logos constituye el fundamento del hombre para Heráclito de manera que la audición del Logos no es simplemente escuchar, sino también escucharse. Para Heráclito oír significa ponerse en contacto con lo profundo, juzgar, como él dice, sobre las mayores cosas. Oír el Logos es, por consiguiente, tanto como la pronunciación en nosotros de la voz permanente de la razón, que a su vez es voz «de lo otro». El Logos nos es lo más próximo, su audición es un escuchar al oído, lo que sugiere de suyo una inacabable serie de temas cristianos. Oír no es comprender, tampoco es estrictamente un raciocinio, hay que entenderle mejor como una puesta en contacto del ser humano con su esencia, que le lleva igualmente a la conexión con lo más alto. El Logos es siempre el mismo, la continua guerra de los elementos no altera la permanencia y unidad constitutiva del fundamento. En esto, como en tantas otras cosas, Heráclito, fiel a su tiempo, coincide en los presupuestos con